

Revista de Ciencias Económicas

PUBLICACION MENSUAL DEL

“Centro Estudiantes de Ciencias Económicas”, “Colegio de
doctores en Ciencias Económicas y Contadores Públicos
Nacionales”

Director:

JOSÉ H. PORTO

Sub-Director:

MIGUEL PESCUA

Administrador:

Bernardo J. Matta

Secretario de Redacción:

Enrique A. Siewers

Sub-Administrador:

Arturo R. Giannattasio

Redactores:

**Félix Genta - Emilio B. Bottini - Raúl Prebisch - Manuel
Clauso - Egidio Trevisán - Dr. Julio N. Bastiani - Jacobo
Wainer - Dr. Mauricio Greffier - Dr. Argentino Acerboni -
Guillermo J. Watson - Luis Moreno.**

Año IX

Febrero-Marzo-Abril de 1921

Nº. 92-93-94

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CHARCAS 1835
BUENOS AIRES

Las doce virtudes de la Cooperación

Un día un inglés hizo la apuesta de que se colocaría en el Puente Nuevo de París, de ocho de la mañana a medio día, ofreciendo cambiar luises de oro por monedas de un sueldo y que nadie los aceptaría.

En efecto, cada transeunte, a quien les ofrecía sus monedas de oro por un sueldo, alzaba los hombros diciendo: "es preciso tomarme por un tonto para pensar que me voy a dejar agarrar de este modo!" Algunos le amenazaron hacerlo prender por cuentero. En realidad, el inglés iba a ganar la apuesta, porque se aproximaba medio día, cuando, por desgracia, una niñera vino a pasar con un niño, que a la vista de las monedas de oro, se puso a gritar que las quería. La niñera trató de consolarlo, pero el niño gritó tan fuerte, que concluyó por ceder, diciendo que después de todo no era más que un sueldo de pérdida!

Lectores, esa es la historia de la cooperación. Cambiar las miserias de la organización social actual por la organización cooperativa, es cambiar un sueldo por una moneda de oro.

Para el público, para los consumidores, todo sería ganancia, y ¿qué habría que perder? Nada, absolutamente nada. Pero id a decir esto a los transeuntes! Se os reirán en vuestra cara y os preguntarán si los tomáis por imbéciles; mas aún, algunos os tratarán de explotadores.

Lectores de este pequeño artículo, no hagáis como los transeuntes del Puente Nuevo, que perdieron una buena ocasión por creerse demasiado astutos. Sed más bien como el niño que tuvo por sí solo más espíritu que todos los otros: creyó en lo que le decían, gritó hasta que obtuvo la moneda. Gritad también hasta que tengáis la cooperación.

Vamos a enumerar sus virtudes, no contamos más que

doce porque no hay más que doce meses en el año, pero, buscando mejor, se encontrarán tantas como días tiene el calendario.

I.—Vive mejor

Si pongo esta ventaja en primer lugar, no es porque sea la más importante, sino porque ante todo, es necesario comenzar a vivir, y si se puede, por vivir bien. El obrero particularmente, que tiene una tarea física que llenar, tiene necesidad de sostener sus fuerzas por una buena alimentación, más que el rentista y aún el intelectual. Luego, precisamente, es él, que forzado a comprar en los pequeños negocios que le venden a crédito, está reducido a consumir todos los productos averiados e innumerables que hacen la gloria y la fortuna del comercio de nuestro tiempo. Vinos adulterados, café de garbanzos, manteca de margarina, azúcar de sacarina, pimienta de polvo de barrido, aguardientes venenosos, todo lo que cae en la gran boca del pueblo en detrimento de la capacidad de trabajo.

Y bien! la sociedad cooperativa de consumos nos asegura los alimentos de perfecta calidad, del mejor origen. Es porque ella es más honesta! Es posible, pero esto es ante todo porque no tiene interés en engañar, dado que se vende a sí misma. Aun sin hablar de las sociedades inglesas, que por intermedio del Wholesale, envían a buscar directamente, en sus propios navíos, la manteca de Normandía y el te de la China, podemos citar varias sociedades de París, que en lugar del vino detestable que se despacha en las tabernas, sirven a sus asociados un excelente vino comprado directamente, por 30.000 hectólitros de una vez, a los propietarios de Languedoc. Aun cuando las sociedades cooperativas no son suficientemente ricas para comprar directamente en el lugar de producción, pueden por lo menos, comprando al por mayor, y si es necesario, haciendo hacer análisis, dar a los obreros una seguridad que sería imposible conseguir de otro modo.

Ellas le procuran igualmente cosas confortables, lo que constituye una de las más esenciales del bienestar material y moral. Las casas? Perfectamente! Varias sociedades cooperativas inglesas tienen en sus almacenes una sección para las casas, como hay una para los sombreros o el calzado (1).

(1) En 1914 las sociedades de consumo inglesas habían construido

II.—Pagar al contado

¿Cómo veis en esto una ventaja? Probablemente diréis: pagar al contado es en general desagradable y no es siempre posible. Bueno para el rico que no tiene más que poner la mano en el bolsillo para tomar el dinero!, pero para el obrero, es cerrarle la puerta del negocio.

Error, funesto error! Todo al contrario, es el rico quien puede permitirse sin peligro comprar a crédito; el pobre debe huírle como del fuego. La compra a crédito, para él, es la servidumbre frente al comerciante que lo tiene, que no le deja más y aprovecha para deslizarse sus mercaderías averiadas. Es la "cuenta que corre", como se dice, oh!, como corre, en efecto, y con una tal rapidez que nunca se le podrá agarrar! Es la tentación por los gastos inútiles a los que se les deja cómodamente andar cuando el comerciante no reclama el dinero y se concreta a agregar una línea o dos en la cuenta. Es la necesidad de aceptar todos los desperdicios de su almacén, porque no se atreve a quejarse ni a irse. El hombre que está encadenado pertenece a sus acreedores. El hombre que come pan que se le ha fiado y lleva sobre su cuerpo ropa que no ha pagado, asemeja al hombre que vive de la caridad: lleva una cadena al cuello.

Es bien pronto, cuando el comerciante comienza a enojarse, la vida vergonzosa, las desviaciones furtivas en la calle para no pasar delante del almacén, y el día en que la deuda se hace apremiante es la mudanza oculta: el deudor deja el barrio o la ciudad, se salva sin gritar: cuidado!, como un ladrón, y lo es en efecto. He ahí un hombre moralmente degradado: un hombre al agua.

El peligro es urgente, a causa de que un crecido número de comerciantes, actualmente explotan odiosamente al obrero por la venta a crédito, particularmente en las campañas. Disimulan enormes aumentos del precio, bajo la forma de pequeñas cuotas por descuentos escalonados en varios años. Se llama esto "venta por suscripción" o venta a plazos. Viene un momento en que el obrero no puede pagar el vencimiento.

35.000 casas para sus socios; la de Woolwich sola, había iniciado la construcción de 4.000 casas. Y no hablamos más que de casas construídas por las sociedades de consumo: las construídas por las sociedades cooperativas de construcción (building societies) se cuentan por centenares de miles.

Entonces se le embarga y todo lo dado a cuenta es perdido.

Pagando, es la libertad y la independencia: "Aquí tenéis vuestra mercancía, ahí está vuestro dinero".

Mano a mano! Nada de deuda: porque la deuda, como he dicho, es una de las formas de esclavitud. El obrero no puede siempre pagar al contado, se dice, cuando no es pagado más que a la quincena. Se puede ayudarle, en caso de necesidad, prestándole una quincena adelantada. Pero es precisamente uno de los excelentes efectos de las sociedades cooperativas, por esta presión que ejercen sobre sus miembros y el ejemplo de sus coasociados, hacerle tomar esta saludable y viril práctica de no comprar nada sin tener con qué pagar.

III.—Ahorrar sin esfuerzo

¿Quien dice ahorro, no parece que dice privación? ¿no son sinónimas las palabras y las dos ideas inseparables? ¿Quién puede ahorrar sin privarse de algo? No, aún mismo el rico: bien, menos el pobre. Todavía, para el rico el ahorro no es más que la privación de lo superfluo; pero para el pobre, esto no es la supresión de alguna necesidad, una verdadera y dolorosa amputación?

Por consiguiente, la asociación cooperativa ha resuelto este insondable problema!; ha encontrado el medio de crear el ahorro sin dolor, sin esfuerzo; aun más, sin que el mismo que beneficia del ahorro lo sienta.

Veamos cómo. Cada vez que el asociado hace una compra, el beneficio que un comerciante cualquiera habría realizado sobre esta compra, sea el 10 por ciento, por ejemplo, es inscripto a su nombre y sobre su libreta; y al fin del año o del semestre, cuando se liquidan las cuentas, la sociedad le dice: "Habeis comprado 700 francos de mercaderías en nuestros almacenes. He realizado sobre éstos 70 francos de ganancia, que habeis pagado de más, que os pertenecen y yo os los restituyo". Y he aquí nuestros asociados convertidos al fin de año en un pequeño capitalista, y al cabo de treinta años probablemente, si deja acumular sus pequeños ahorros sobre su libreta, gran capitalista.

¿Ha reducido por esto sus consumos? De ninguna manera. Cuando más ha gastado, cosa maravillosa, encuentra haber economizado más! De modo que se ha podido decir en una fórmula pintoresca (que naturalmente no se deberá tomar

al pie de la letra): la cooperación trae el ahorro por el gasto.

En varios países, en Inglaterra o en los Estados Unidos, uno de los empleos preferidos de los beneficios de los socios provenientes de los almacenes, es la construcción o la adquisición de una casa por pequeñas anualidades. Hay en Filadelfia decenas de miles construidas en esta forma. De este modo, al cabo de 15 años, por ejemplo, el consumidor se encuentra propietario de una casa construída... ¿Con qué? ¿con el producto de sus economías? No! sino con el producto de sus gastos! Ha construído comiendo! (1).

IV.—Simplificar los engranajes

Nuestra organización social es una máquina extraordinariamente complicada. Es permitido admirarla, como se admiran esos relojes que marcan, no sólo el día y la hora, sino también el día del mes, las faces de la luna, los días de fiesta y los años bisiestos; Pero estos relojes cuestan muy caros y se descomponen con facilidad, prefiriendo cada uno para su vida diaria un reloj simple. Exactamente lo mismo pasa con el mecanismo social: cuesta muy caro y se descompone constantemente. Por consiguiente sería muy útil simplificarlo.

¿Queréis la prueba? Observad por cuántas manos, por ejemplo, pasa una botella de vino ordinario antes de llegar al sótano del consumidor. El propietario del medio día lo vende, por medio del corredor, a un comerciante de vinos de Nimes,

(1) Es solo como instrumento de ahorro que la cooperación era preconizada por los economistas, y es casi la única virtud que le reconocían.

León Say en la reunión de la Sociedad de Economía Política de Noviembre de 1886, definía la sociedad cooperativa: "una caja de ahorros perfeccionada cuyos fondos son empleados por y para los depositantes".

Si se trata de una sociedad de consumo, emplea, dice, el ahorro de sus miembros para crear un almacén que tendrá por clientes a sus propios depositarios. Sociedad cooperativa de producción, emplea el ahorro de ciertos socios en préstamos a otros. Sociedad cooperativa de construcción emplea los ahorros de sus miembros en construir casas que sus depositarios llegarán a ser locatarios. Igual tesis era la de León Wahas y de Duval.

León Say previendo que este fin parecería dentro de poco tiempo demasiado "burgués" y que la cooperación aumentaría sus ambiciones "a la liberación de los trabajadores", respondía "que esta liberación de los trabajadores sería justamente la consecuencia necesaria de la cons-

Bexiers o Montpellier, el que lo vende por medio de otro corredor a un comerciante mediano mayorista, el que lo vende al tabernero, el que a su vez le vende al consumidor, probablemente bajo el nombre de "petit Macon". El consumidor le pagará 60, 70 u 80 centavos el litro y luego verá que su dinero, realizará el mismo camino, pero en sentido inverso, remontando del tabernero al tercer comerciante, después al segundo, al primero, para llegar al propietario, que sólo percibirá 15 céntimos, el resto quedará en el camino. Habéis visto en un incendio en una aldea formar la cadena? El balde pasa de mano en mano, pero como en cada mano porque pasa pierde un poco de agua, cuando llega a las manos del último que debe arrojar el agua al fuego, está casi vacío! El mecanismo comercial es tan atrasado como el sistema de la cadena de incendio; desperdicia las tres cuartas partes del valor de las cosas y arruina a su vez al consumidor haciendo comprar muy caro y al productor haciendo vender demasiado barato, sin hablar de intermediarios que, ellos también, son a menudo reducidos a la bancarrota precisamente porque son muy numerosos.

La asociación cooperativa suprime todos estos engranajes inútiles, hará llegar por caminos más directos, la riqueza de manos del productor a las manos del consumidor, el dinero, de regreso de manos del consumidor al productor; sea que bajo la forma de sociedades de consumo, los consumidores compran directamente sus vinos a los propietarios, sea que, bajo la forma de sindicatos agrícolas, los propietarios venden directamente su vino al público.

Y lo mismo para todos los otros productos. Los órganos de trasmisión deben ser reducidos al mínimun, porque por el frotamiento, quitan inútilmente la fuerza viva. Este es un principio de mecánica: lo es igualmente un principio de economía política.

V.—Combatir los despachos de bebidas

En todos los lugares de nuestras ciudades donde se construye un barrio nuevo, se puede estar seguro que aún antes

titución de los ahorros entre las manos de los mismos que se quieren liberar... Es el ahorro el comienzo y el fin de todo. Si el movimiento cooperativo es moralizador, lo es por la acción moralizadora del ahorro".

Actualmente no apreciamos menos el poder de consumos como instrumento de ahorro, pero más como ahorro colectivo que ahorro individual.

que las casas estén terminadas, se verán instalados, en la esquina más visible, bajo la mejor fachada, en el puesto de honor, uno, dos o tres despachos de bebidas, tantos como quepan. Se verá en letras de oro resplandecientes: *Bar de la Patria, Bar de la República!* con los colores nacionales! Un intendente de Burdeos, Baejss había prohibido a los comerciantes de vino tomar como divisa la bandera de la Francia: le ha dado mal resultado, puesto que no ha sido reelegido. Son, en efecto, las potencias que despachan; no es solamente que despachen las bebidas peligrosas con que haremos, dentro de poco tiempo, las generaciones de epilépticos y de idiotas; es allí también donde el pueblo se reúne, y recibe la palabra de orden los días de huelgas y los días de elecciones; es allí, sobre el mostrador, entre los vapores del alcohol y los del ajeno, que se eligen los representantes del pueblo y se hacen deshacer los gobiernos. Hay más de 400.000 de estos despachos en Francia; en ciertas ciudades del Norte y de la Normandía se cuenta uno por cada diez habitantes adultos.

Se hacen actualmente bars automáticos, como los que se encuentran en las estaciones, que despachan tabletas de chocolate. Deslizáis una pieza de dos sueldos en una abertura y obtendréis vuestro vaso: la llave se abre, el vaso se llena de ajeno y podeis continuar indefinidamente. Es el alcoholismo a la mecánica, os ahorra la vergüenza de enrojecer delante del mozo.

Por desgracia no se ven con tanta frecuencia los letreros de las sociedades cooperativas! No son 400.000, apenas si alcanzan a 1.000, más que todo no ocupan los lugares de honor: no brillan en letra de oro, sino se disimulan pobremente en las calles modestas.

Por consiguiente, contra la multiplicación de los despachos de bebidas, la multiplicación de las sociedades de consumo, sería el mejor antídoto. Este matará a aquel, si se quiere. El obrero que está afiliado a una sociedad de consumos cesa de ser un cliente para el comerciante de vino, y la mejor prueba, es que estos nos destestan, van a comprar su litro de vino, cidra o cerveza, al almacén y lo lleva a su casa para beberlo en familia. La sociedad cooperativa también con frecuencia, abre una sala de reuniones, un salón, un pequeño jardín, donde puede consumir con los suyos o con sus amigos; allí sabe que no corre el riesgo de ser envenenado, sabe que no se le incitará a beber y sabe que ganará por lo menos un sueldo

por cada taza de café que bebe. En Suecia y en Noruega son las sociedades filantrópicas las únicas que tienen despachos de bebidas alcohólicas y se arreglan de modo de desagradar lo más posible a los clientes. Cuándo será el hermoso día para la Francia en que las sociedades cooperativas jugarán el mismo papel! En Bélgica toman ya la regla de conducta: no vender más alcohol.

VI.—Conquistar las mujeres a las cuestiones sociales

Las mujeres, salvo notables excepciones, no se interesan mucho sobre las cuestiones sociales. Socialismo, comunismo, internacionalismo, o aún derecho al trabajo, solidaridad, emancipación de la mujer, todas estas abstracciones, no le dicen nada claro, nada de bueno. Una mujer ama a sus hijos, su marido, su menaje, sus muebles, y busca la felicidad, y la encuentra a veces en el seno de este horizonte que se toca con la mano.

La sociedad cooperativa no es una abstracción, también se toca con la mano y entra en este círculo de ocupaciones de la mujer. Sin embargo no es de imaginarse que las mujeres vayan a ser conquistadas en seguida a la cooperación. Se muestran, al contrario, por lo menos al principio, generalmente hostiles a los almacenes cooperativos. Estos establecimientos que de común no tienen ninguna apariencia que los obligan a menudo a hacer un viaje demasiado largo de su casa, y en el que es necesario todavía perder tiempo en esperar su turno para ser servida, donde no se puede regatear y tener la dulce ilusión que se ha puesto al almacenero adentro y donde no se tiene tiempo de hacer con él un rato de charla o un poco de galanteo; todo esto le desagrada mucho.

Muchas sociedades cooperativas han fracasado nada más que por la hostilidad de las mujeres. Y sin embargo, de ellas depende el desarrollo o el fracaso de la cooperación. No hablo, es cierto, más que de la cooperación de consumos. ¿Y por qué? A causa de que es la mujer la que hace las compras, sea ella si su marido es un obrero, sea por intermedio de su cocinera, si su marido es burgués o empleado.

Es entonces su buena voluntad y de su puntualidad en servirse del almacén cooperativo que depende únicamente el éxito de éste.

Pero, paciencia! Pero ellas se convierten desde el día

en que han comprendido que este almacén es diferente de los otros sin que los beneficios, en vez de pertenecer al comerciante, pertenecen al comprador. Y si el almacén se transforma, como lo hemos visto en Marsella, en sala de fiestas y reuniones, de baile y concierto, donde puede pasar a la noche un rato con su marido y sus hijos, la mujer comprende perfectamente que hay allí un hogar que sin suprimir el de la familia, puede completarlo. Y si la sociedad tuviera la buena idea, muy pocas la han tenido, hay que decirlo, de nombrar mujeres en su consejo de administración y confiarle una parte en la dirección y vigilancia del almacén, se encontrarían a las mil maravillas y el "derecho de la mujer" podría ejercerse de una manera más útil que en el consejo municipal o en la Cámara de diputados.

En resumen, es preciso no olvidar que la primera asociación cooperativa que ha existido en el mundo, ha sido el *menage*, y que a pesar de algunos resabios, las mujeres no han triunfado demasiado mal. Han sabido tomar en el hecho, ya que no en derecho, una influencia considerable y en muchas circunstancias preponderantes.

Es quizás porque han triunfado muy bien que no han querido salir más! Pero su actividad debe dividirse fuera de esta pequeña asociación de dos para ejercerse con el mismo éxito en la cooperativa, porque este es el menage agrandado (1).

VII.—Emancipar al pueblo por la educación

Si el pueblo quiere llegar al rol que aspira, es decir de reemplazar las clases dirigentes, la primera condición a llenar es adquirir los conocimientos indispensables para poder tomar el gobierno económico. Es muy bonito decir que el propietario, el capitalista y el patrón, no son más que parásitos, dudar que el día en que todos desaparecieran de golpe, la máquina económica sería singularmente descalabrada. Cuando se repite que así como la burguesía ha hecho la revolución en 1789, lo

(1) En 1887 fué fundada en Inglaterra la "Liga de mujeres" para la propaganda de la educación cooperativa, que cuenta actualmente 15.000 miembros, habiendo tomado una importante participación en el movimiento cooperativo inglés.

Una liga similar ha sido constituida en 1900 en Holanda; y una también en Francia en 1903, pero que no tienen más que una existencia nominal.

mismo el pueblo debe hacer la suya a fin de este siglo. Se olvidan que la burguesía en 1789 estaba madura desde hacía mucho tiempo para reemplazar a la nobleza, había puesto cinco siglos después de las Comunas, en hacer su educación, mientras que actualmente, el pueblo no está listo para reemplazar a la burguesía.

Se vé con satisfacción que en todos los programas revolucionarios se haga figurar la "instrucción integral", que nadie la posee ni la poseerá jamás. No es necesario, para que el pueblo ejerza el gobierno económico, el cálculo integral o la paleografía; pero es necesario que conozca el manejo del capital, el papel del dinero, el poder y los peligros del crédito, es necesario que conozca la práctica de los negocios y el conocimiento de los hombres. Donde se pondrá aprender mejor todas estas cosas es en las sociedades cooperativas, que son como "lecciones de cosas" de la democracia.

Desde luego, educación *económica* propiamente dicha: fundar empresas, hacerlas vivir, buscar salidas, proveer el porvenir, encontrar hombres capaces y, habiéndolos encontrados, obedecerles, apreciar el poder de la riqueza adquirida, aprender el orden y la economía, cerrar un presupuesto! Después educación *moral*: aceptar sin murmurar los malos trances, estrechar las filas en la adversidad, tener fe en su causa, reaccionar contra el individualismo que nos agota, habituarse a ocuparse no sólo de sus propios intereses sino de los demás, detestrar la mentira en forma de los abusos y de los fraudes bajo forma de falsificación de los consumos, de peso falso, de huesos dados con la carne bajo el nombre de "regalo", o agua bajo forma de pan mal cocido, adquirir el sentimiento del honor comercial que no es otro que el de atenerse a la palabra prometida: he ahí lo menos que pueden adquirir los miembros de toda asociación cooperativa que triunfa, y no triunfa hasta que ellos no la hayan adquirido.

La cooperación es también poderosamente educadora y moralizadora, por el esfuerzo que exige de nosotros. Es la realización del dicho que afirma: "nunca se está mejor servido que por sí mismo". Es preciso confesar que la división del trabajo, como se ha practicado en las sociedades modernas es hasta cierto punto una escuela de pereza. Fuera de duda, si es agradable encontrar cada mañana, al saltar de la cama, al desdoblar la servilleta, un pequeño pan caliente, y, abriendo nuestro diario, nuestra opinión hecha, sin inquietarnos de qué-

nes han cocido el pan, ni de los que han hecho la política. Es por cierto, cómodo tener hombres que gobiernan por nosotros, hombres que se batan por nosotros, hombres que ruegan a Dios o hacen penitencia por nosotros, lo mismo que es muy cómodo tener un numeroso personal de servicio. Pero por un justo retorno de las cosas de aquí, nuestros sirvientes se convierten en nuestros amos, los sastres nos imponen sus modas, los panaderos nos engañan en el peso del pan, los fonderos nos envenenan, los periodistas nos mienten y también nos envenenan, todos los productores materiales o inmateriales explotan al consumidor, que por una larga costumbre de la división del trabajo, ha perdido el uso de sus órganos y se ha hecho incapaz de volver a tomar su verdadero papel, papel marcado por la expresión tan significativa, aunque hoy día parezca irónica de: "hacer los pedidos".

No volverá a tomar esta alta función más que a condición de preocuparse de sus necesidades y de los medios de proveer y de organizarse a este fin. Es por allí que la cooperación es verdaderamente un acto de emancipación: porque es el mejor medio para los hombres de aprender a gobernarse a sí mismos, es el de comerciar para aprender a servirse a sí mismos.

Y aún esta educación industrial y la cultura general del cuerpo y del espíritu no hacen falta en las sociedades cooperativas dignas de este nombre. Es de regla para todas las que son fundadas sobre el modelo de Rochdale, tomar 2 o 3 por ciento sobre los beneficios para constituir un fondo de educación; estos fondos sirven para organizar conferencias, verdaderos cursos, a veces exámenes, y siempre, salas de lectura, dibujo, música, gimnasia, todo lo que pueda formar hombres. Y para qué puede servir toda reforma social si ante todo no forma hombres?

VIII.—Hacer la propiedad accesible a todos

Es una gran satisfacción para el "mi" casa, "mi" jardín, "mis" títulos de renta, goce que no es del todo porporcionada, como se cree, de la extensión de tierra, a las dimensiones del jardín o de la casa, a la cifra de las rentas, satisfacción perfectamente legítima desde luego, cuando tiene por objeto bienes ganados por el trabajo, goce que responde sin duda a los instintos más profundos de nuestra naturaleza, ha probado

los esfuerzos que han hecho los hombres de todas las épocas para procurársela.

Sin embargo, los colectivistas quieren suprimirle este elemento de felicidad que tiene un lugar tan grande en la existencia humana. En el régimen que desean, no habrá más propietarios de tierras o de casas, ni capitalistas grandes o pequeños. ¿Y por qué? La propiedad individual, es, se dice, una forma de monopolio, un medio de explotación. Quizás sea necesario corregirlo, pero no suprimirlo. El objeto de las reformas sociales no debe ser aumentada, en vez de disminuir la suma de felicidad que puede existir al presente en este mundo?

No hay ya tanta!

Esta es precisamente la ventaja de la cooperación. Tiene por objeto no suprimir la propiedad individual, sino hacerla accesible a todos, sino bajo forma de propiedad puramente individual, por lo menos bajo forma de copropiedad. Por la sociedad de producción, se tiende a hacer a los obreros copropietarios de sus talleres, maquinarias e instrumentos de producción. Por la sociedad de construcción, se tiende a hacer los obreros copropietarios de sus casas. Por la sociedad de crédito, hacer de los obreros sus propios banqueros. Y por la sociedad de consumos, no sólo hace al obrero copropietario de los almacenes, sino eventualmente copropietarios de las fábricas fundadas por estos almacenes y granjas compradas por ellos para sus propias necesidades.

Entonces los hombres dirán: “nuestra” casa, “nuestro” almacén, “nuestra” fábrica, y podrán sentir el mismo goce, al emplear el pronombre posesivo colectivo que antes sentían al emplear el pronombre posesivo personal “mi” tierra, “mi” casa, etc., y bien, esto sólo indicará que un gran progreso moral se ha realizado.

Además, al generalizar de este modo la propiedad, la cooperación espera que, conservando sus beneficios, atenuará sus enojosos efectos. El día en que esta República cooperativa, que se sueña, fuera realizada por completo, se vería las grandes compañías de minas o de seguros, los grandes bancos, los grandes almacenes, las grandes fábricas, quizás también las grandes explotaciones agrícolas, en una palabra, todo lo que en el régimen actual, tiende a tomar la forma cooperativa.

Esto no impedirá hacer la gran producción, pero ésta, en vez de estar en mano de los grandes propietarios o grandes ca-

pitalistas, estará entre los de los pequeños propietarios y de los pequeños capitalistas asociados.

Resultará lo siguiente: que esta propiedad, en un estado social, donde la cooperación sería la única forma industrial, no podría presentar más las desigualdades tan enormes como las de hoy día. ¿Por qué? Porque actualmente toda riqueza nueva siendo atribuída a título de dividendo, al capital preexistente, la riqueza hace como la bola de nieve. Pero en las sociedades cooperativas, que sean de consumo, de producción o de crédito, los beneficios no son devueltos al prorratio del trabajo o de los gastos. Un millonario soltero, si formase parte de una sociedad de consumos, no percibiría mil veces más bonos que un socio obrero padre de familia.

IX.—Reconstruir una propiedad colectiva

Acabamos de decir que una de las ventajas de la cooperación es crear una multitud de pequeños propietarios y pequeños capitalistas. Entonces, si se multiplica la propiedad individual, ¿cómo crearía una propiedad colectiva? Los dos fines parecen contradictorios? De ninguna manera. Desde luego, terminamos de decir que se trata sobre todo de la propiedad individual asociada, pero además hay también en las cooperativas que miran más alto, un fondo impersonal indivisible. No es imposible, es aún deseable que el patrimonio colectivo se agrande al mismo tiempo que el patrimonio individual.

X.—Establecer el precio justo

Para los economistas no hay precio justo ni injusto; el precio de las cosas está determinado por la ley de la oferta y de la demanda, y en un todo, esto es lo que debe ser.

Pero la conciencia nos dice que hay un precio justo de las cosas: es decir, que remunera suficientemente el trabajo consagrado a producirlas, el que permite al trabajador vivir de su trabajo y hacer vivir su familia.

¿No sería justo que el trabajador tuviera también su parte de superfluo como los otros? Indudablemente, pero es justamente la cooperación la que pretende darle este superfluo, además de su justo salario, bajo forma de bonificaciones.

Ahora bien; la organización económica actual nos asegura

este precio justo. De una parte vemos una multitud de artículos vendidos a precios escandalosamente superiores de su valor real, el beneficio recogido por el intermediario representando a menudo cinco o seis veces el valor pagado por el trabajo del productor. De otra parte vemos gran número de artículos vendidos a un precio de una baratura tal que no pueden dejar al trabajador de qué vivir. He visto en la época de las primeras comuniones, tiendas que vendían al precio de diez francos el traje completo: pollera, bata, cinturón, velo, guantes, zapatos; y muchos otros artículos de ropa blanca venderse a precios análogos. El cliente que los compra se frota las manos diciendo: ¡he hecho un buen negocio! Pero la desgraciada obrera que trabajando catorce o quince horas por día para confeccionarlas a un precio ridículo, dejando sus ojos y sus pulmones, ¡no ha hecho un buen negocio!

Es evidente de que si los clientes tuvieran conciencia de sus deberes sociales y tuvieran suficientes conocimientos para apreciar el valor justo de las cosas, deberían negarse a comprar artículos que representan la carne y la sangre de criaturas humanas.

Muchos consumidores, no sólo de la clase burguesa, sino de la clase obrera, de este modo, se hacen moralmente responsables de la explotación de sus hermanos y hermanas.

¡Y bien! las sociedades cooperativas de consumo harán lo que los consumidores actualmente no saben o no pueden hacer. No buscarán, como las grandes tiendas de hoy día, únicamente la baratura. No aceptarán y no venderán más que artículos cuyo valor bastará a remunerar al obrero que lo ha confeccionado. Esto les será mucho más fácil el día en que habrán tomado suficiente desarrollo para producir por sí mismas, en sus propios talleres y por sus propios medios, la mejor parte de los artículos que ponen en venta. Serían entonces inexcusables de no darse cuenta de la cantidad de trabajo empleado en la producción de estos artículos y del precio justo en que pueden ser puestos en venta.

XI.—Suprimir la preocupación de la ganancia

Es la ganancia, el único resorte de la producción, en nuestra organización económica. Se trata de emprender una obra cualquiera, de roturar tierras incultas, de ensayar nuevas industrias, de construir casas, de abrir un canal o un ferrocarril,